

fiel por amor al muerto y á su tierno hijo, y reinaréis sobre los Niebelunguen con el mismo poder que os dió nuestro Sifrido. » Crimilda consiente en seguirle; pero su madre Ute, Guisiliero y Gernaldo la persuaden á quedarse con ellos. El rey Segismundo parte en compañía de los Niebelunguen, sin despedirse de nadie: Crimilda permanece entregada á su dolor.

AVENTURA DÉCIMOENOVENA.

El tesoro de los Niebelunguen trasladado á Vormazia.

La sed de venganza de Agon está satisfecha; pero no su codicia, pues que el tesoro de los Niebelunguen está aun en manos del padre de Sifrido. Para hacerse con él, consigue primero que Gernaldo y Guisiliero induzcan á Crimilda á exigir de los Niebelunguen el tesoro que Sifrido le había dado en dote; luego, cuando la viuda lo tiene á su disposición, aconseja á Guntaro que se apodere de él. « Si continúa regalando á este y á esotro, como hasta aquí, le dice aquel perverso, ganará tantas espadas que consumará nuestra ruina.

« — El tesoro es suyo, responde Guntaro; ¿cómo le he de prohibir que disponga de él á su gusto, siendo así que apenas empiezo ahora á recobrar su gracia?

« — El hombre prudente no deja en manos de una mujer semejante tesoro, y si vos teméis, yo cargaré con la culpa. »

Agon roba á Crimilda el rico tesoro, y de acuerdo con Guntaro y sus hermanos, lo sumerge, para tenerlo oculto, en el Rhin, jurando todos no revelar á nadie el sitio donde se encuentra. Crimilda, irritada con el nuevo ultraje, quiere retirarse á una abadía fundada por su madre Ute en Lorsch, despues de la muerte de Dancrate, llevando consigo las cenizas de su amado Sifrido; pero nuevos acontecimientos se encargaron de detenerla.

AVENTURA VIGÉSIMA

Cómo el rey Atila envió á pedir la mano de Crimilda.

Por aquel tiempo murió Elca, esposa de Atila, y sus amigos le aconsejaron que se casase con la viuda del valiente Sifrido. « Pero, yo soy pagano y ella cristiana, decía Atila; y además, no conozco á ninguno de la corte de Borgoña: ¿cómo he de esperar que la altiva dama acoja mi petición? » Rugiero, margrave de Bechlar, que conoce por su larga experiencia aquella corte, toma sobre sí el encargo. Reunidos quinientos guerreros, los conduce á Bechlar y vistiéndoles magníficamente á su costa, en doce días llegan al Rhin.

El margrave, festejado como un amigo, expone

al rey su embajada. En vano Agon se empeña en disuadir á Guntaro de que preste su consentimiento, temiendo la venganza de Crimilda, si se casa con el rey de los Hunos: Guntaro le contesta que no quiere añadir un nuevo ultraje á los muchos que su hermana tiene recibidos; que Atila está demasiado lejos para que deba temer le irrogue ningún daño: Guisiliero declaró irritado que sostendrá á su hermana, diga lo que se le antoje Agon. Pero, á pesar de las súplicas y consejos de Rugiero, de sus hermanos y de su madre Ute, Crimilda responde pertinaz que no le conviene mas que el luto. Ya están para abandonar el empeño, cuando una palabra del astuto embajador á la reina la hace mudar de intención:

« — Cesad de llorar. Aunque no os ayudasen entre los Hunos sino yo y los míos, el que os ha ofendido será castigado.

« — Jurado » contesta la reina; y ocultando en el fondo de su pecho la sed de venganza que la agita, y sus nuevas esperanzas, sigue al margrave á Panonia.

AVENTURA VIGÉSIMAPRIMERA.

Crimilda va al país de los Hunos.

Gernaldo y Guisiliero escoltan á su hermana hasta cerca del Danubio, donde se despidió. El resto del canto no es mas que una descripción del viaje y de las fiestas con que reciben á Crimilda el obispo Passavia, la hermosa Gotelinda, mujer del margrave; y otras personas.

AVENTURA VIGÉSIMASEGUNDA.

Cómo Crimilda fué recibida en el país de los Hunos.

En Austria, á orillas del Danubio, había una ciudad que se llamaba Tulna; allí Atila, seguido de gran número de príncipes vasallos, sale á recibir á su real esposa. Le acompañan Ramungo, duque de Valaquia, con setecientos soldados, veloces en la carrera cual si fuesen aves; el príncipe Gibeco, el Danes Avarto, Iringo, Irnfrido, Blondel, hermano de Atila, y el gran Teodorico de Verona, que todos, despues de la ceremonia del recibimiento, se ponen á justar y romper lanzas en honor de la fiesta. Luego marchan á Viena, donde el día de Pentecostes se celebran las nupcias espléndidas y suntuosas como las que mas. Tan solo Crimilda, en medio del universal regocijo, baña de lágrimas sus mejillas, pensando en los días felices que había pasado á orillas del Rhin; pero tiene que ocultar su llanto. Las fiestas duran diez y siete días. Atila vuelve el décimotavo con su mujer á sus Estados, donde ambos y sus súbditos viven contentos y respetados.

AVENTURA VIGÉSIMATERCERA.

Crimilda piensa vengarse.

Trece años que Crimilda pasó al lado de Atila y el nacimiento de un niño no bastaron para disminuir, cuanto ménos para adormecer su antiguo rencor. Así, pues, al cabo de tanto tiempo, pareciéndole que habrían muerto las sospechas en el ánimo de los Borgoñones, y habiéndose captado por otra parte el afecto de todos los súbditos de Atila, la implacable reina se prevale de un momento de ternura de su marido para arrancarle la promesa de convidar al rey Guntaro y á los principales Borgoñones á un banquete público. Svermelino y Virbelo, músicos del rey, son elegidos en clase de embajadores. Antes de partir, Crimilda los hace venir secretamente á su estancia, y de este modo con falsas palabras los despide: « Cumplid con lo que os mando, y os colmaré de dones. No digáis á nadie en la corte de mis hermanos que me habéis visto alguna vez triste. Si fuese hombre, iría á visitar á los míos á las riberas del Rhin; pero, pues que no es posible, que vengan ellos á alegrarme con su presencia. Saludad á Gernaldo y Guisiliero; aseguradles que los amo con efusión; haced que traigan consigo cuantos mas valientes puedan. Si Agon de Troneque no quisiese emprender el viaje, exhortadle á ello. ¿Quién mejor que él servirá de guía, siendo así que desde joven conoce los caminos de Panonia?

Los embajadores se admiraron del empeño de Crimilda en que no faltase Agon; pero no pasó mucho tiempo sin que experimentaran las tristes consecuencias de su venida, pues mas de un valiente pereció cruelmente á sus manos.

AVENTURA VIGÉSIMACUARTA.

Svermelino y Virbelo llevan la embajada.

Los embajadores del gran rey de los Hunos se presentan con mucha pompa á Guntaro, que pide siete días para resolver si accederá ó no á la invitación de su cuñado. « ¿Estáis en vuestro acuerdo? le dice Agon: ¿Habéis olvidado ya lo que Crimilda padeció por causa nuestra? Acordaos de que maté con mi propia mano á su marido: ¿y queréis que vayamos á su corte?

« — Mi hermana depuso su rencor, desde que al separarse de nosotros me besó amorosamente. Crimilda nos ha perdonado, excepto á vos, Agon.

« — No os dejéis engañar, á pesar de cuanto os digan estos Hunos, que han venido aquí para desgracia nuestra. Si os fiáis de Crimilda, perderéis el honor y la vida. La mujer de Atila sabrá vengar sus antiguas ofensas.

« — Pues bien, exclaman Gernaldo y Guisiliero,

si teméis por vos, Agon, quedáos en completa seguridad; pero nosotros no dejaremos pasar esta ocasión de volver á ver á nuestra amada hermana. »

La indirecta acusación de cobardía excita la cólera del de Troneque: « Si estáis decididos á partir, responde, no os guiará otro mas que yo, pues conozco bien los caminos. Mas, ya que queréis buscar vuestra ruina, á lo ménos seguid este consejo. Convocad á vuestros vasallos; yo escogeré mil de los mejores, á fin de que nos acompañen. Así no tendremos por qué temer tanto el odio de Crimilda. » Deteniendo luego con diversos pretextos á los enviados de Atila, hasta hallarse pronto el selecto escuadrón que debe acompañar á Guntaro y los suyos, el astuto Agon hace de modo que los mensajeros de Atila no les lleven mas que siete días de ventaja, para que Crimilda no tenga tiempo de reunir mayores fuerzas en daño de los Borgoñones.

Virbelo y Svermelino parten á la corte de Atila con la noticia de la próxima llegada de Guntaro y su gente. El rey se alegra; pero mas que él Crimilda, viendo acercarse la hora suspirada de su venganza.

AVENTURA VIGÉSIMAQUINTA.

Cómo todos fueron al país de los Hunos.

La mañana del día fijado para la partida, un sonido de flautas y timbales da la señal. Todos saltan de la cama al momento; el que tenía en sus brazos un objeto amado lo abraza de nuevo. ¡Ay de mí! ¡á cuántos separó dolorosamente la espada de Atila!

Agon guía el escuadrón, engrosado con buen número de valientes Niebelunguen; á los doce días llegan al Danubio, pero el río no es vadeable. « Esperadme aquí, dice Agon desmontándose y atando el caballo á un árbol; no quiero morir ahogado, pues pienso antes dar la muerte á mas de uno de la corte de Atila; voy á buscar quién nos traslade á la otra orilla al país del rey Gelfrate. »

Costeando el río, Agon llega adonde hiere sus oídos el ruido de una cascada, y acercándose sorprende algunas Ondinas ó Sagas, que están bañándose. Las Sagas, al verle, se sumergen en el agua, y el imprudente les quita los vestidos que han dejado en la orilla. Entonces una de ellas, llamada Abdurga, le promete, si le restituye los vestidos, vaticinarle lo que le sucederá en la corte de Atila, y le predice honores y fortuna; pero apenas ha devuelto los vestidos, una predicción muy distinta sale de la boca de otra de ellas, cuyo nombre es Siguelinda. « Agon, hijo de Aldriano, ¡guárdate! Por amor al vestido, esta no te ha dicho la verdad; si vas al país de los Hunos, serás vendido miserablemente. Retrocede, pues, aun

es tiempo; ved que todos, si seguís adelante, moriréis en el país de Atila.

« — Mientes, responde Agon : ¿cómo, y por odio de quién habrémos de morir todos? »

« — Todos, repite la Saga, excepto el capellan del rey. Ninguno de vosotros, tantos como sois, volverá á ver la patria, fuera de él. Él solo tornará seguro al país del rey Guntaro. »

Agon no la presta fe, y la invita por el contrario á que le indique el modo de pasar él y todo el séquito de Guntaro al otro lado del río. Una de las Sagas le dice que continúe subiendo hasta divisar en la opuesta orilla una casita donde reside el único barquero que allí se encuentra; que le llame, ofreciéndole una generosa recompensa, y si no acude á su voz, diga Agon que es Amelrico, y le verá ponerse en marcha inmediatamente.

Agon hace lo que le prescriben : el barquero acude al nombre de Amelrico; pero al llegar con la navicilla donde está Agon, se niega á admitirle porque no es Amelrico, su hermano, como pensaba. Disputan; el barquero da con el remo en la cabeza á Agon; Agon le mata, y entrando en la nave, la impele río abajo hasta donde le aguardan los suyos.

Después que todos han pasado el río, lo primero que hace Agon es coger por el cuello al pobre capellan y arrojarlo al agua. Los circunstantes miran asombrados aquel acto, y tratan de socorrer al cuitado que implora piedad y se esfuerza en alcanzar la vecina playa; pero Agon lo evita, y rechaza al infeliz, el cual, viéndose abandonado de todos, logra llegar á nado á la otra orilla.

Cuando Agon, que pensaba desmentir con la muerte del capellan parte del vaticinio, le divisa en la opuesta ribera, no duda ya de que también la otra parte se cumpla, y rompiendo en pedazos la navicilla, arroja las tablas al río. « ¿Por qué haces eso, hermano mio? pregunta Danvarto, ¿cómo repararémos el río á nuestra vuelta? »

« — No sin razon he obrado así, responde Agon : si hay entre nosotros un cobarde capaz de huir en la hora del peligro, ahora no lo verificará, pues hallaría aquí en el río oprobiosa muerte. »

AVENTURA VIGÉSIMASEXTA.

Cómo Danvarto mata á Gelfrate.

Seguros de ser atacados por el margrave de Baviera Gelfrate, apenas sepa la muerte del barquero, los Borgoñones marchan con precaución en orden de batalla, no descansando ni aun de noche; y en efecto, ántes de mucho se oye ruido de caballos que corren y el brillo de los escudos les anuncia al enemigo. ¿Quién nos persigue así por el camino? pregunta Agon, mandando detener á los suyos. — Buscamos á nuestros enemigos, responde Gelfrate; han

matado á mi barquero, que era un valiente, y queremos vengarle. »

Agon refiere el hecho, segun había pasado; pero no valen excusas y vienen á las manos. Gelfrate saca de la silla á Agon al primer choque, y está á punto de traspasarle el pecho, cuando llega su hermano Danvarto, el cual mata á Gelfrate. Los Bávaros huyen, y los Borgoñones continúan su viaje. Llegan á Pasavia, donde son bien recibidos por el obispo Pelegrino, tío del rey : luego Evarto, con quien se encuentran por casualidad, los conduce á Bechlar, á la corte de Rugiero, el mismo que llevó en otro tiempo á Borgoña la embajada de Atila pidiendo la mano de Crimilda.

AVENTURA VIGÉSIMASÉTIMA.

Cómo Rugiero recibió á Guntaro.

Guntaro, Gernaldo, Guisiliero y los otros tres valientes que le acompañan, Agon, Danvarto y Fulco el músico, son recibidos como conviene á su categoría y su valor. La hermosa margravina Gotelinda y su bellísima hija los besan en la boca, por mandarlo así el margrave, aunque repugne mucho á la jóven besar el feo y feroz semblante de Agon.

Les sirven un banquete : el jóven Guisiliero pide y obtiene la mano de la hija de su cortés huésped. Ántes de que partan, Rugiero los colma á todos de presentes, ignorando, ¡infeliz! que la espada que regala á Gernaldo, se ha de volver contra él, y dejarle un día sin vida.

AVENTURA VIGÉSIMAOCTAVA.

Cómo Crimilda recibió á Agon.

Al llegar los Borgoñones al país de los Hunos, el gran Teodorico, que los divisa ántes que nadie, se adelanta con objeto de advertirles de los peligros que los amenazan. « Bien venidos seáis, Guntaro, Guisiliero, Gernaldo, Agon, y también vosotros, Fulco y Danvarto. Pero ¿no sabíais que Crimilda llora siempre al señor de los Niebelunguen? »

« — Que llore cuanto guste, responde brutalmente Agon; el muerto ha muerto, y no resucita; es posible que ella ame ahora al rey de los Hunos. Hablemos de otra cosa. »

« — Señor de los Niebelunguen, ¡guárdate! vuelve á decir Teodorico, dirigiéndose á Guntaro. »

« — ¿Cómo debo guardarme? responde el rey. Atila nos convida á una fiesta, y Crimilda, mi hermana, me envía dulces expresiones de afecto : ¿qué mas he de requerir? »

« — Oigamos, observa Agon, lo que nos quiere comunicar Teodorico, á fin de que podamos conocer el ánimo de Crimilda. »

Los valientes se reúnen en consejo, y Teodo-

rico dice que Crimilda está aun inconsolable de la muerte de su marido. No siendo tiempo ya de retroceder, los Borgoñones resuelven mantenerse en guardia á lo ménos, y van á la corte. El encuentro de Crimilda con el odiado Agon es cual conviene á estos dos caracteres enérgicos, lleno de envidia y odio. El uno se queja de mala acogida, la otra pregunta con qué derecho la espera mejor. « ¿No fuisteis vos quien me matasteis á mi esposo, y quien me robasteis el tesoro de los Niebelunguen? ¿Por qué no trajisteis este último, para restituírmelo, como era vuestro deber? »

« — El tesoro de los Niebelunguen está sepultado en el Rhin, y allí permanecerá hasta el día del juicio. »

« — No me engañaba al pensar que no me lo traeríais. »

« — Os traigo el diablo, exclama de una manera plebeya Agon; bastante he tenido que hacer con traer el escudo, el yelmo y la espada; por eso nada os he traído. »

Al entrar en la sala, Crimilda da orden de que todos dejen las armas. « ¡Fiádmelas á mí, dice Crimilda, y sabré cuidar de ellas. »

« — Mi buena señora, gracias por el honor, contesta irónicamente Agon; pero no parece bien que vos que sois la reina, hayáis de llevarnos las armas á nuestras habitaciones. Por otra parte, mi padre me enseñó á cuidar yo mismo de mis armas. »

Crimilda advierte que los Borgoñones están sobre aviso, y lo siente; Teodorico confiesa francamente que él es quien ha excitado las sospechas y les promete ayudarlos. Mientras Teodorico y Agon se dan de este modo la mano, Atila, que los está observando, sorprendido del animoso aspecto de Agon, pregunta cómo se llama, y sabedor de que es el de Troneque, le conoce por el mismo que hallándose cuando muchacho en su corte, en clase de rehen, le prestó señalados servicios. ¡En recompensa, ya viejo, le mató mas de un amigo querido!

AVENTURA VIGÉSIMANONA.

Agon no se levanta en presencia de Crimilda.

Para defenderse mejor de los peligros que le amenazan, Agon, sentándose en un banco aparte con Fulco, celebran un pacto, por el cual ambos se comprometen á auxiliarse mutuamente hasta morir. Crimilda los ve, y ansiosa de vengarse, reuniendo ántes cuatrocientos vasallos de Atila, se dirige á ellos con la corona en la cabeza. Cuando Fulco observa que viene de palacio hácia donde ellos están, excita á su compañero á que se levante en señal de respeto; pero Agon, atravesando sobre los muslos la espada que fué un tiempo de Sifrido, espera así á la reina. Crimilda reconoce la espada por el hermostísimo jaspe que la adorna, y por la empuñadura de oro, y embiste de este modo á su

enemigo : « Decidme, Agon, ¿quién os ha enviado á buscar, para que os atreviéseis á venir á estos países? Sin duda no os habréis olvidado del mal que me hicisteis; si estuviésteis dotado de prudencia, os habríais quedado en vuestra casa. »

« — Nadie me envió á buscar; pero se invitó á tres espadas, de quien soy vasallo, y por eso vine yo tambien; pues no acostumbro permanecer en mi casa, cuando ellos salen á viajar. »

« — ¿Y por qué vinisteis, cuando debéis conocer el odio que os profeso; á vos, matador de Sifrido, mi caro esposo, por quien no cesaré de llorar hasta la muerte? »

« — ¿De qué sirve tan inútil charla? Es cierto, sí, yo soy el Agon que mató á Sifrido; os he ofendido cruelmente, no lo niego. Venga ahora quien quiera, hombre ó mujer, á vengaros. »

Crimilda excita á los que la siguen para que la venguen; pero ellos, en vez de obedecerla, se retiran. Los dos héroes, tranquilizándose al ver la cobardía de los enemigos, acompañan á su rey á la corte, donde son muy bien recibidos por Atila.

AVENTURA TRIGÉSIMA.

Cómo Agon y Fulco se apostan de centinela.

Cuando llega la noche, los Borgoñones no se atreven á entregarse al sueño, temiendo algun ataque imprevisto; Agon y Fulco se ofrecen á estar de centinela mientras los demas duermen. Al principio, se ponen ambos á pasear delante del alojamiento, armados de punta en blanco; luego Fulco, el músico, dejando el escudo y tomando el violín, saca de él dulcísimos sonidos, que adormecen suavemente á los compañeros, seguros bajo la custodia de dos héroes semejantes. Después del primer sueño, Fulco ve lucir armas en medio de la oscuridad; es un destacamento de Hunos enviado por Crimilda; pero apenas conocen á los dos que están de guardia, se retiran. Fulco, que se siente con deseos de cargar sobre aquel grupo de cobardes, contenido por el prudente Agon, desahoga á lo ménos su ira injuriándolos : « ¿Por qué andáis armados de ese modo, valientes? les grita desde lejos. Si queréis ensangrentar las manos, venid aquí; nosotros os ayudaremos. »

AVENTURA TRIGÉSIMAPRIMERA.

Cómo los reyes y los caballeros fueron á la iglesia.

« Bajo la armadura siento frio, dice Fulco : Sin duda, lo conozco en la brisa, el día está cercano. » Despiertan á los compañeros, que se ponen para ir á misa sus mas hermosos vestidos; Agon los reprende por ello :

« Mejor haríais en vestiros el yelmo y la coraza. No ignoráis lo que pasa : así, en vez de

rosas, tomad armas; en vez de cabellos adornados de pedrería, poneos en la cabeza buenos yelmos. Hoy se combatirá, os lo digo. No os convienen camisas de seda, sino cotas de armas; no ricos mantos, sino fuertes escudos, á fin de que podáis defenderos, si alguno os insulta. Queridos amigos y compañeros, id al monasterio y encomendáos á Dios, pues que, no os quepa duda, nos aguarda la muerte á todos; rogadle de corazón, porque si él no lo remedia, creedme, esta es la última misa que oiréis.»

Van á misa. Atila se admira de ver á los huéspedes armados; pero Agon se excusa, diciendo que es costumbre de su país llevar tres días las armas en cada mesa franca á que se les convida; y Crimilda, á quien consta que no existe tal uso á orillas del Rhin, no osa desmentirle. Al entrar en la iglesia, Agon y Fulco, lejos de ceder el paso á la reina, la obligan á entrar juntamente con ellos; nueva causa de rencor para Crimilda y los suyos. La irritación por ambas partes ha llegado á su colmo; así, cuando despues del servicio divino los Borgoñones proponen justar, Teodorico y Rugiero, para quitar toda ocasion de que se convierta el juego en combate, prohíben prudentemente á sus vasallos bajar á la arena. Al contrario, los Hunos muestran en ello singular placer, con lo que se alegra Crimilda, que dice para sí: «Si resulta algun daño, la cosa se pondrá seria y me vengaré de mis enemigos.»

Un noble huno perece á manos de Fulco; los demas tratan de vengarle; los Borgoñones socorren á Fulco: de este modo la pelea se generaliza; pero Atila se arroja á la arena y separa á los combatientes. «Dejad en paz á mis huéspedes» grita á los suyos; y su autoridad enfrena los odios de las dos partes. Aun cuando los Borgoñones se presentan armados á la mesa, Atila, si bien irritado de tanta desconfianza, declara que el que se permita la mas leve ofensa contra ellos, perderá la vida.

Crimilda, viendo desvanecerse sus esperanzas y despues de haber implorado en vano contra Agon el brazo del gran Teodorico, pide auxilio á su cuñado Blondel, al que logra ganar, prometiéndole, si la venga, la hermosa viuda de Rudungo y sus vastos Estados; luego, cuando están todos sentados á la mesa, manda que le traigan, para dar motivo á alguna discordia, su tierno hijo, y lo hace presentar á sus hermanos y á Agon. La prueba es decisiva. Al hablar Atila de su amor al niño y del grande Estado que regirá un día, propone á sus cuñados educarle en su corte para que crezca en valor y cortesía: «Enviadle, responde el ruído Agon, y que lo mire con cariño quien quiera; pero en cuanto á mí, no me cuidaré de él ni poco ni nada. ¡Ved que enclenque!» Atila y sus secuaces se resienten y de buena gana vendrian con él á las manos; mas no lo permite el derecho de hospitalidad. Harto tuvo de qué arrepentirse luego Atila, viendo asesinar á su hijo ante sus ojos,

AVENTURA TRIGÉSIMASEGUNDA.

Cómo Blondel fué muerto.

Preséntase Blondel con mil de los suyos en la sala donde Danvarto está á la mesa con los esclavos de los Borgoñones, para matarlos á todos; pero él cae antes que ninguno herido por la mano del hermano de Agon, que le corta de un golpe la cabeza. Los Hunos á fin de vengar su muerte, se arrojan sobre los demas, que se defienden como pueden, con las armas, con las mesas, con los bancos; mas oprimidos por el número, los Borgoñones perecen todos, ménos Danvarto, que consigue abrirse calle entre los enemigos para llevar á sus compañeros la noticia del destrozo.

AVENTURA TRIGÉSIMATERCERA.

Cómo los Borgoñones combatieron con los Hunos.

Quando Danvarto, bañado en sangre, se presenta en el umbral de la gran sala del banquete y refiere á su hermano Agon que todos los que estaban con él han sido asesinados, este coge furioso al hijo de Atila, que el marido del ama de leche llevaba al rededor de mesa en mesá, y le corta la cabeza, que cae en el seno de su madre. La mortandad es horrible. Agon inmola al que conducia al niño, corta una mano al músico Virbelo en recompensa de haber ido de embajador al Rhin, y colocando á Danvarto y Fulco á la puerta para que impidiesen que nadie entrase ni saliese, ayudado de los tres reyes, hace tal destrozo que á duras penas Teodorico consigue salvar á Atila y Crimilda. Tambien al margrave Rugiero se permite salir de la sala con sus vasallos: los restantes son degollados todos sin piedad. Cuando no quedó con vida un solo Huno, se apaciguó el ruido y los guerreros envainaron las espadas.

AVENTURA TRIGÉSIMACUARTA.

Cómo arrojaron fuera de la sala los cadáveres.

Cansados de matar, los Borgoñones quisieron descansar; pero Guisiliero les invita á desocupar antes la sala de cadáveres, á fin de poderse defender mejor si son de nuevo atacados. Se sigue el consejo: siete mil entre muertos y heridos son arrojados por las escaleras, de manera que mas de uno cuyas heridas quizá se hubieran curado, encuentra la muerte en la caída.

Atila abraza entonces el escudo para combatir él mismo con los Borgoñones; pero se le contiene á viva fuerza. Crimilda promete al que

mate á Agon tanto oro como pueda llevar el ancho escudo de su marido.

AVENTURA TRIGÉSIMAQUINTA.

Cómo fué muerto Iringo.

«¡Por mi honor, que ya pierdo la paciencia! exclamó el Danes Iringo. Traedme las armas, y mediré mis fuerzas con las de ese Agon.» Irnefrido de Turingia y el fuerte Avarto quieren auxiliarle con mil soldados, lo que excita el desprecio de Fulco; pero él no acepta, y se presenta solo á Agon en la sala. Al primer ataque Iringo combate con valor y fortuna sucesivamente con Agon, Fulco, Guntaro, Gernaldo y Guisiliero; mata á cuatro de sus vasallos, y hiere á Agon; despues de lo cual se retira para proveerse de nuevas armas; pero la segunda prueba le es fatal. Herido gravemente con la espada y el venablo por mano de Agon, baja precipitadamente la escalera, y apenas llega entre los suyos exhala el último suspiro. «Cese vuestro dolor, ¡oh reina! ¿de qué valen las lágrimas? Mis heridas son mortales; la muerte me arrebatá á vuestro servicio y al de Atila.»

Irnefrido y Avarto se arrojan con sus vasallos contra los Niebelunguen para vengar á su amigo; pero tambien ellos hallan la muerte. Degollados todos y restablecido el silencio, los Borgoñones descansan de sus fatigas en medio de un mar de sangre, y dejan las armas: solo el infatigable Fulco se aposta nuevamente en el umbral para velar, no sea que intenten contra ellos un nuevo ataque.

AVENTURA TRIGÉSIMASEXTA.

La reina manda incendiar la sala.

Despues de otro inútil ataque de los Hunos, vigorosamente rechazados, que dura todo el día del solsticio de verano, los Borgoñones solicitan que se les deje salir de la sala en que se encuentran sitiados; pero Crimilda no lo permite.

«Hermosísima hermana, dice el jóven Guisiliero; ¡quién me hubiera dicho que tú nos invitabas para nuestro daño! ¿En qué he faltado, que pueda merecer tal muerte? ¿No te fui siempre fiel? ¡Concedenos la vida, por Dios!

«— Nada concederé á quien tanto mal me ha hecho. Demasiado me causó Agon á orillas del Rhin, y me ha causado aquí, matando á mi hijo; así todos los que le han acompañado deben morir. No obstante, si queréis entregarme á Agon, os dejaré con gusto la vida, pues que soy vuestra hermana, y todos hemos nacido de la misma madre.

«— ¡Dios nos libre! exclama Gernaldo. Aunque fuésemos mil, todos moriríamos á manos de los tuyos, primero que entregarte á ese solo.»

Pues que no valen las armas para vencer á aquellos valientes, Crimilda manda prender fuego á los cuatro ángulos de la sala donde están, y de la cual les impide salir una horda innumerable de Hunos que va aumentándose cada vez más; pero ni aun este cruel recurso le aprovecha. Extinguido el incendio con los cadáveres y la sed con la sangre de los enemigos que han muerto, protegidos por la solidez de la bóveda que resiste á las llamas, los Borgoñones triunfan prodigiosamente del peligro, y cuando el siguiente día los vasallos de Crimilda, creyéndolos reducidos á cenizas ó á lo ménos sofocados, quieren entrar en la sala: «¡Estamos aun aquí!» les grita Fulco, y mil doscientos Hunos caen de nuevo bajo sus golpes y los de sus compañeros.

AVENTURA TRIGÉSIMASÉTIMA.

Cómo Rugiero fué muerto.

Movido á compasion por el triste estado de los Borgoñones, en otro tiempo sus amigos, el buen margrave de Beclarre trata de interesar á Atila en su favor, pero inútilmente; Atila no quiere oír hablar de paz ni de tregua. Mientras Rugiero lamenta la próxima muerte de aquellos, un Huno encuentra en ello motivo para acusarle de cobardía ante Crimilda. «¡Ved cuán ocioso está aquel á quien el rey Atila enriqueció con tantos castillos! ¿Ha dado un solo golpe en tanto que los demas hemos combatido? Paréceme que no se cuida mucho de lo que aquí sucede, con tal de aumentar su hacienda. He oido elogiar su fuerza; mas, á la verdad, no he advertido tal cosa.» Rugiero le mata de una puñada en la cabeza, lo cual le atrae una nueva reprension de Atila: «¡Nos ayudáis bien, nobilísimo Rugiero! Teníamos tantos muertos que no necesitábamos uno mas. Habéis hecho mal en matarle.»

Llega á la sazón Crimilda, y ambos le suplican tan reiteradamente para que marche contra los Borgoñones, recordándole su fe de vasallo, que el infeliz, despues de oponer en vano la amistad y el parentesco que le unen á los príncipes borgoñones, despues de haber rogado inútilmente á Atila que se quede otra vez con todos sus países, con tal de dispensarle de aquella malhadada empresa, á su pesar se dispone á combatir.

Es muy tierno el encuentro de los Borgoñones con Rugiero, el cual lucha entre su deber de vasallo y la generosidad de alma y el acto que le liga á los Niebelunguen. Guntaro le recuerda su antigua amistad, y los regalos que así él como los suyos recibieron de él y de su esposa Gotelinda, cuando fueron sus huéspedes en Beclarre; Gernaldo le muestra la buena espada que se vería obligado á dirigir contra el delante; Guisiliero le suplica que no quiera dejar viuda ántes de tiempo á su propia hija. Ru-

giero responde que si él cae y se salva Guisiliero, esto no deberá impedir que se verifiquen las pactadas nupcias; pero que ahora tiene que combatir. Agon, á quien el margrave, notando que carece de escudo, cede el suyo, se niega á entrar en lid con él. Fulco sigue su ejemplo; los demas empeñan el combate.

Al principio Rugiero y los príncipes borgoñones, excitándose mutuamente, hieren de muerte á los vasallos del adversario; por último, viendo Gernaldo que Rugiero acabaría por exterminar á los suyos, no puede ménos de hacerle frente. « Vos no queréis dejar con vida á uno solo de los nuestros, nobilísimo Rugiero, y pues me habéis matado tantos amigos, no me conviene sufrir mas tal destrozo, y es fuerza que probéis si merezco vuestro don. » Los dos héroes caen muertos el uno á manos del otro.

Cuando Agon, Guntaro y los demas ven sin vida á Gernaldo, redoblan los esfuerzos contra los hombres de Rugiero, que todos quedan tendidos en el campo de batalla. La muerte andaba en busca de botín en el escuadrón de Rugiero: de los de Beclarre ni uno se salvó.

AVENTURA TRIGÉSIMAOCTAVA.

Cómo los guerreros de Teodorico fueron muertos.

Los gritos y el tumulto llegan á los oídos de Teodorico, el cual envía un mensajero para averiguar la causa; el mensajero vuelve llorando con la noticia de que Rugiero ha sido muerto. Volfarto, valeroso jóven del séquito de Teodorico, quisiera en el momento correr á vengar al amigo; pero Teodorico, á quien la generosidad impide atacar á los pobres extranjeros, perseguidos por todas partes y encerrados como fieras, ordena al anciano Hildebrando que vaya ántes á informarse de las circunstancias del suceso; no puede, sin embargo, estorbar que todos sus hombres vayan escoltándole.

Hildebrando se presenta en la sala donde pereció Rugiero, y oyendo la confirmación de su muerte, pide que le entreguen el cadáver: Fulco le responde bruscamente que venga á tomarlo.

« — Señor músico, dice Volfarto, no tantas bravatas, que nos habéis ofendido bastante. Ciertamente que si nuestro señor no nos hubiese prohibido combatir, os iría mal.

« — Es miedoso en demasía el que no hace lo que se le ha prohibido, responde Fulco. Los héroes se portan de otro modo.

« — Callad, ú os afino las cuerdas de modo que si tornáis á las orillas del Rhin, no contaréis las noticias.

« — Si me echáis á perder las cuerdas, yo destruiré el brillo de ese vuestro hermoso yelmo. »

Hildebrando detiene á su nieto, recordándole la prohibición de Teodorico; Fulco continúa irritándole. « Dejad en libertad al leon, grita al

anciano; aunque hubiese muerto hoy medio mundo le daré tal lección que no replicará una sola sílaba. » Entónces los guerreros de Teodorico pierden la paciencia y comienza la lid.

Si en el combate entre los de Beclarre y los Borgoñones ambas partes mostraban á porfía generosidad y valor, ahora, por el contrario, luchan desesperadamente el odio y la envidia. No se cruzan palabras entre los combatientes, sino golpes tremendos, la sangre corre á arroyos, ninguno tiene tiempo de llorar al amigo que cae, pues que á él amenaza la misma suerte. Á los héroes Borgoñones se oponen con valor igual esforzados Godos. Fulco mata al duque Sebasto, Hildebrando mata á Fulco; Elfrico y el valiente Danvarto, Volfarto, y el jóven Guisiliero caen en singular contienda; de tantos combatientes como habia por ambas partes, solo quedan vivos Hildebrando, Guntaro y Agon. Cuando Hildebrando ve que todos los suyos, excepto él, han sucumbido, se arroja el escudo á la espalda, y huye á contar á Teodorico la dolorosa nueva.

« — ¡Bien os está! responde Teodorico, pues que no observásteis mi orden; pero decid á los míos que se armen; iré con ellos.

« — ¿Los vuestros? contesta Hildebrando. Delante tenéis á todos los que aun viven; esto es, á mí solo; los demas han dejado de existir. »

Teodorico lamenta la muerte de tantos héroes y se dispone á pedir cuenta de aquel estrago á los dos únicos Borgoñones que aun respiran, y son Agon y Guntaro.

AVENTURA TRIGÉSIMANOVENA.

Cómo fueron muertos Guntaro, Agon y Crimilda.

« Veo aproximarse á Teodorico, el gran señor de Verona, dice Agon á Guntaro, y sin duda, despues del mal que le hemos hecho, viene como enemigo. Aunque alabado por su gran fuerza corporal y á pesar del temor que inspira, soy hombre para medirme con él.

« Teodorico se queja á Guntaro de la muerte de los suyos y de la del buen Rugiero, y le propone como expiación que el mismo Guntaro y Agon se entreguen á él en rehenes: si así lo verifican, los defenderá en la corte de Atila, y los conducirá salvos á Borgoña. Agon no acepta la propuesta, y vienen á las manos. Teodorico, habiendo vencido sucesivamente á Agon y Guntaro, los ata y da en rehenes á Crimilda: despues de sus acerbos padecimientos, este fué el primer momento de alegría para la vendida princesa.

« Crimilda, árbitra al fin de su cruel enemigo y de su hermano, los manda encerrar en prisiones separadas: dirigiéndose luego á Agon le promete la vida si le restituye el tesoro de los Niebelunguen, ó le indica á lo ménos el sitio donde está oculto. « Inútilmente suplicáis,

nobilísima dama, responde Agon. He jurado no revelar á nadie el lugar en que se encuentra el tesoro, miéntas viva uno de los reyes. »

« Para quitar el obstáculo, Crimilda hace cortar la cabeza á su hermano, y la muestra á Agon; entónces este prorrumpe en las siguientes palabras: « Crees haber alcanzado tu intento, y al contrario, has servido de instrumento para que se cumplan mis deseos. Ha muerto el noble Guntaro; han muerto Guisiliero y Gernaldo; ya nadie sabe dónde yace el tesoro, fuera de Dios y de mí. ¡Pues bien, no sabrás jamas su paradero, mujer infernal! »

« Crimilda, despechada, desenvaina la espada de Sifrido usurpada por Agon, y le hace saltar

la cabeza de los hombros. Hildebrando, sintiendo que una mujer pueda alabarse de haber dado muerte á tal héroe, la traspasa con su acero. Los cadáveres yacían al rededor en el terreno: grandes fueron los gritos y lamentos de Teodorico y Atila. Este fin tuvieron las magníficas fiestas del rey de los Hunos. Lo que acaeció despues no se sabe; solo sí que los amigos y vasallos no se consolaron nunca. Y aquí concluye el canto y la dolorosa historia de los Niebelunguen. »

De las mismas tradiciones se tomaron otros cantos feroces y supersticiosos, que son como los últimos restos del paganismo caído que se habia refugiado en la poesia.